16. BENCIMARTE DE LUSITANIA

(finales siglo XVI)

por
Mª Teresa Soriano Romero

TESTIMONIOS

[1] Real Biblioteca (Madrid): ms. II/547 [→]
[2] Real Biblioteca (Madrid): ms. II/1708

TEXTOS

1. Bencimarte es armado caballero

-Niño sois, príncipe mío, -dixo el rey-, pero, como vuestras hacañas son tan dignas, de lo que pedís, gusto d'ello.

Besóle la mano el joben, y el rey mandó publicar unas justas para el alegre día del glorioso protector de España que durasen tres días.

Bolbiéronse a la ciudad, y llegado el término a las siete de la mañana estaba toda la corte en la real sala con los reyes y príncipes. Entráronse en la capilla donde el portugués bello fue bestido de unas bellas y blancas armas quedando tan dispuesto y hermoso que alegraba mirarle. Diole la horden militar el alegre padre y la espada le ciñó la bellíssima Lucerisa, que a la saçón tenía trece años, la espuela le calçó el lindo Clarisen[i]o. Contentíssimo quedó de berse caballero, porque sus altibos pensamientos buscaban allí su centro para lograrse bien y, desarmándole luego, quedó de açul tan lindo que admiraba.

Comieron los reyes y luego se pusieron a los balcones a goçar de las fiestas.

Eran los mantenedores tres ilustres y gallardos mancebos: Polisen[i]o, hijo del condestable, y Florisend[r]o, hijo del duque de Alencastre, y el que a los más lucidos hacía bentaja, Florisen[i]o, príncipe de Irlanda, sobrino de Lurcina y perdido por la su prima, la hermosa Lucerisa. Tenían los tres puesta una tienda de brocado blanco con mil perlas y zafiros, la mejor cosa que jamás se bio.

Ya estaban las bentanas ocupadas de gallardas damas, y belicosos guerreros la hermosa plaça, cuando, con música de belicosos instrumentos, entraron en ella los mantenedores, todos enamorados y con soberbios pensamientos, porque Polisenio ocupaba el suyo en la bella Belisonia de Irlanda que en la corte asistía con su prima. Florisendro era hijo de una hermana natural del rey y así no era mucho que lo sujetase la hermosísima Lindaria, duquesa de Milán, prima hermana de la reina, dama de singulares partes. Todos bibían desdeñadíssimos y así sacaron una mesma dibisa, armas pajiças y leonadas con perfiles de plata y en él, en canpo açul, un coraçón con mil heridas, y por orla esta letra:

Ya mi fiel coraçón
tiene por bien soberano
las heridas de tu mano.

Bibliografía: Eisenberg-Marín: nº 1541. **Estudio**: Lucía Megías (1997: 74-81).

Con alardosa muestra y gallarda entrada llegaron a su tienda los balerosos príncipes y luego se puso en la tela el bello Florisenio, y fue lastimoso estrago que hizo, beinte y cuatro caballeros principales abía derribado cuando llegó a ella el balentíssimo Rodoro, marqués del Piamonte; el su caso dirá otro capítulo. (ff. 3r-v).

2. Bencimarte y Florismundi se enfrentan en un torneo, naciendo de su gallardía el amor

En el superbísimo inperio de Trapisonda inperaba Belino, magnánimo príncipe, casado con la bella Jelandria, hija del rey de la feliz Arabia, y parió de un bientre dos hijas, la mayor, hermosa sobre todo encarecimiento, se llamó Esclaridana; la menor, fue milagro de naturaleça y asonbro de sus tienpos, y así la llamaron Florismundi. Salió estremadamente aficionada a las armas por hallarse con rebustas fuerças y así, llegando a los diez y seis años, pidió a su padre, con engaño, le diese la horden de caballería, de suerte que no lo pudo negar y así, aunque a su pesar y de la enperatriz, se la dio a imitación de la bella Antezesora, reina y señora de aquel gran inperio, sustentó un torneo en que mostró ser fénix de balor como de hermosura; queríala igualmente, y aún con bentaja, que a Esclaridana, cuya belleça era cada día, aunque inbidiosa de la de Florismundi.

Sin poderla detener sus padres, se partió muy aconpañada de damas y caballeros, pero pareciéndole estorbo para su intento, una noche los burló a los dos y se ausentó con sólo un doncel muy su faborecido y, llegando al reino de Lusitania, tubo nuebas de las justas y con mil peligrosas abenturas, en que mostró raro balor, entró en Lisboa. [...]

Apenas el dorado Apolo avía descojido sus rubias trenças, cuando todos ocupaban los balcones y bentanas, y los reyes y príncipes el suyo para ber el estranjero que sobre un gallardo caballo blanco, armado de sus ricas armas, esperaba justa. Muchos la dieron que hacer, pero ganaron poco porque de crueles encuentros puso en tierra más de cincuenta. A la tela llegó el comedido Alfeo, príncip[e] de Ceibo; d'éste recibió un fortíssimo encuentro, pero a la tercera lança le puso en el suelo con admiración de todos y excesibo deseo de saber quién era aquel mancebo más furioso que el sol.

Enojado estaba el bello Bencimarte de ber sus deudos y basallos corridos y bencidos, finjió cierta indisposición y retirándose a su aposento se armó de armas berdes sin dibisa alguna, y saliendo por una puerta falsa del parque, sobre un furioso caballo tordillo, se metió en la tela admirando su talle, y más que a esta hora se oyó en la alabastrina torre gran número de bélicos instrumentos que tocaban alarma.

Con una gruesa lança esperaba la braba Semíramis y, abiendo tocado un clarín, se encontraron tan poderosamente que anbos perdieron los estribos, pero pasando adelante los cobraron. Turbados de los recios golpes, con nuebas lanças se bolbieron a encontrar haciéndolas rajas sin moberse más que dos peñas, corridos y coléricos de la neutralidad, buelben a encontrarse, con tal furia que la bellíssima infanta, quebrantadísima, bino al suelo y el baleroso príncipe, con una herida en el libre pecho, pasó adelante perdido el sentido y atónito de la belleza del de lo blanco. Apeóse luego y llegando a ella, que estaba atónita de la suya, la dixo:

-Ínclito guerrero con quien el zielo se mostró tan liberal, sumamente me pesa de aberos enojado, pero si una buena

boluntad sirbe de algún discuento la mía tendréis eternamente segura y más que no á de consentir que dejéis la tela, antes en ella os é de aconpañar para ser discípulo de vuestro peregrino balor.

-Ventura mía es, señor caballero, -dixo la infanta-, el ser bencido de quien es fenis en balor y en cortesía. Aceto ese fabor, y para aumento d'él os suplico me digáis vuestro nonbre.

-En la tienda lo sabréis, –dixo el príncipe-, y yo el vuestro, que no menos lo deseo.

Y en esto se entraron juntos, dejando a todos admirados de el suceso. Ya se abía sabido que era el príncipe el de lo berde. Y en esto llegó un paje de su padre, el rey, que suplicaba a su majestada que no consintiese que nadie le bisitase, que quería estar los dos días que faltaban con aquel caballero que no quería ser conozido sino que sólo le inbiase quien le sirbiese.

Así lo hiço el rey, con suma alegría de tener tal hijo, que abiendo entrado en la tienda con el forastero se quitó el yelmo y le dixo su nonbre y, apenas descubrió el bello rostro, cuando fue el libre coraçón de Florismundi bencido y sujeto del que traía a los pies, con tal biolencia como quien esperaba aquella ocasión para bengar su injuria; y no pudiendo su tormento tolerar aquel mudo accidente, con un desmayo se arrimó a una silla dando un profundo suspiro. Lleguó el conpasibo príncipe a quitarle el yelmo y deslunbróle su no bista belleza, quedando atónito de ber tan bello y belicoso joben, y luego imajinó que no lo era, rebolbiendo en su fantasía las istorias de aquellas fuertes damas y ilustres señoras con que acreditó su sospecha, y biéndola en sí la hiço sentar y reparar un rato; la infanta le hiço acostar y su escudero le curó la herida y sentada en su cabecera, más en sí, le dixo:

-Mi nonbre, baleroso príncipe, es Liseo, hijo de un hermano bastardo del rey de Francia, a quien de algún balor o bentura con que é ganado buena fama dio el cielo la pensión de parecer mujer, que así lo piensan algunos, o todos los que me ben; y este pesar llebo con paciencia hasta que el tienpo me acredite, y creed que desearé de oy más que lo que dé con bós la más fina y berdadera boluntad del mundo que mostrará en vuestro serbicio a pesar de la misma muerte.

Respondióle cortésmente Bencimarte creyendo sus palabras, contra las cuales eran su belleça y terneça crueles testigos, mayormente el recato con que apartada d'él durmió, lebantándose antes que el sol saliera a escurecerle, más bella que el claro día. Y armándose en su presencia, salió a la tela donde antes que el príncipe saliera a ella, que fue tarde a causa de estar herido, hiço cosas estrañas, dejando en el suelo tres jigantes fortíssimos. Dexó la tela al amigo, que sería atrebimiento decir lo que hiço. Esto duró hasta la noche del último día. (ff. 5r-6v).

3. Propiedades y efectos de piedras mágicas

Con el ruido de la partida, pudo entrar Florismundi en una cuadra donde halló a Melisenia, llorosa y triste, tan rendida de sus falsedades que pudo ser que adelante castigase amor aquel delito, díxole:

-Mi señor[a], sabe Amor sólo cuánto me lastima el ausencia que me amenaça, en cuyo dolor sólo serbirá de consuelo la firme fee que os enpeño de ser vuestro eternamente, bed qué me mandáis al cuerpo, que en bós deposita el alma, hasta bolber a beros en más dichoso tienpo.

-Valeroso caballero, -díxo la infanta-, el alma mía llebáis por prenda de mi firmeza, y para que la vuestra del todo no se cuide de mi amor y su obligación, os quiero dar una prenda, si bien de menos estima, de la mayor en el jénero que puede ser: el diamante d'esta sortija, de más del fondo y luz que en él miráis la da a la noche más que dos hachas encendidas, preserbando a quien le llebare consigo de cualquier encantamento.

Tomó el diamante, besando su blanca mano la dama, y con honesto abraço se despidieron. Salieron de la ciudad con el príncipe Fortenio, que así lo avía pedido a su padre. Llebaba unas armas rosadas, tan ricas como fuertes. Contentíssimos los dos de su entendimiento y agrado enbarcáronse en una bien aprestada nao la bía del Gran Cairo, donde les dijo el rey conbenía endereçar su biaje. (ff. 11v 12r).

Entró en el inperio [*Clarisenio*], y llegando a la famosa ciudad de Trapisonda, una mañana la halló cubierta de tristeça y llanto jeneral, y llegando zerca de palacio preguntó a un caballero la causa de tan común sentimiento.

-¡Ay de mí, jentil caballero!, -le respondió. ¡Que nuestra serenísima princesa Esclaridana es muerta desde anoche de un súbito dolor de coracón, que aunque dicen los más famosos médicos que es desmayo, nacido de la fuerça del beneno que sospechan le an dado, su mortal color testifica su muerte!

Sin alma quedó el gallardo joben de tan tristes nuebas, mas haciendo memoria de un diamante que el gran Leoncio le dio, de quien le dijo peregrinas birtudes, sin responder palabra al caballero, fio su hermoso caballo de un mármol de palacio y, poniendo en el arçón escudo y yelmo, subió al hermoso corredor donde siendo inpedido de la guarda, alentado con acordarse tanbién que le abía dicho Leoncio que aquella sortija debería el remedio de sus penas y el mayor bien de su bida, aunque entonces entendió poco estas palabras, dijo al capitán de la guarda que pidiese licencia para que entrase donde estaba la infanta, la princesa, porque traía cierta piedra de inconparable birtud contra el beneno que temían. Entró alegre el caballero y, aunque desconfiado, bolbió con licencia de la enperatriz que ya el enperador abían retirado sin alma de dolor, y admirando su hermosura y gallardía, entró el infante a una cuadra donde en los braços de mil hermosas damas bio a la bellísima Esclaridana, aunque pálida y sin aliento, más que la madre de Amor hermosa. Puso en tierra la rodilla y, dando el diamante a la que tenía más cerca, que era la hermosa Isabela, princesa de Alcisla, dijo:

-Tomad esta sortija, gallarda señora, y con ella tocad el pecho de la clarísima princesa, que yo espero en el cielo que mi benida, boluntad suya misteriosa, á de conjugar tan justas lágrimas.

Híçolo así Isabela y, en brebe rato, la desmayada princesa fue bolbiendo en sí, cual si de un grabe sueno despertara, hasta que de todo punto cobró el sentido, quedando admirada y muda de tan estraño suceso. Hizo el príncipe luego que quitando la piedra del oro que le guarnecía le hiciesen polbos y que, desatado en agua pura, le bebiese, con que de todo punto quedó esforcada y lebre la princesa del cruel beneno. (ff. 19v-20r).

4. Amores de Bencimarte y Florismundi: el descubrimiento del engaño

No abían acabado la brebe comida cuando de lo más oculto de la selba salieron doze salbajes, hijos de aquellas soledades y de estraña fuerça y lije-

reça, cuyo ejercicio y granjería era saltar los pasajeros, armados de duras conchas y por armas una maças barreadas con unas puntas de tenplado acero; y llegaron tan de inprobiso, que pudieron herir dos de aquellos caballeros y príncipes, que fueron el de Grecia y la infanta. Alterados del asalto, tomaron sus espadas y escudos, se començaron a defender ofendiendo con singular balor aquellas rebustas bestias. Encendido en amorosa cólera andaba el gallardo Bencimarte biendo la sangre del querido francés matiçar la berde yerba, sospechoso y enamorado de su mesma fantasía.

Dos salbajes avía muerto, mas a su costa que más de diez heridas tenía, de una punta clabó otra de aquellas fieras, cuando los zinco príncipes, andando fina su contienda con muerte de las demás, mas a tanta costa que apenas les quedaba aliento. Fue forcoso quedarse a curar en la selba como poco práticos en la tierra y así, retirándose entre unos hermosos árboles que hacían un apacible palio capaz de más personas se acomodaron, aunque mal, los cinco, y la infanta tomó otro sitio, oculto aunque no lejos de allí, con su enano a quien fue forçoso descubrirse por tener dos o tres heridas en el pecho. Admiróse el calcedonio y más sabiendo quién era y prometió guardar secreto, mas sabiendo las ansias del jeneroso Bencimarte y lo que padecía de confusión y entendiendo tanbién el gusto con que ella le aconpañaba, cuán cautiba la tenía su balor, estando los demás durmiendo le dixo todo lo que pasaba, dejando fuera de sí al baliente mancebo y dando mil gracias a la Fortuna y al discreto enano; y lebantándose muy paso, llegó donde la hermosa dama, desbelada, contenplaba el peligroso estado de su bida, y los diamantes del manto de cafiros, cuya luz ecedía la de sus ojos. Tenía el rico diamante en el dedo con que alunbrando gran parte de la floresta, pareciendo a los ojos del príncipe inconparablemente hermosa, si bien a los más libres pudiera. Alteróse biéndole benir y él acercándose de hinojos, la dijo:

-Sosegáos, clarísima infanta, que mi umildad no trata de enojaros, mas sólo de reprehender la creldad con que os abéis encubierto de quien os adora, Liseo, cuanto más Florismundi.

-Soberano príncipe, -le respondió-, no puedo negar el sentimiento de ser de bós conozida, pues con este engaño con tanta más decencia siguiera la inclinación de acompañaros por aficionada a buestras claras haçañas. Mas pues á querido el cielo descubrir esta celada, os suplico, como quien sois, guardéis este secreto y desde aquí os constituyo por defensa de mi honor y Argos belador de mi decoro, segura de hallarlo todo en vuestro balor a pesar de vuestros floridos años, fuertes enemigos de mi seguridad.

-Así lo prometo, soberana señora, que no ay afectos que no enfrenen mi obediencia y el deseo de agradaros y, por tal fabor, beso las hermosas plantas con que hacéis abril estas selbas.

-Bolbed a vuestro albergue, príncipe baleroso, no demos qué sospechar a los amigos, pues ya los hados os rinden los despojos en los principios de vuestro conocimiento, que después de muchos años debiera negar cualquiera honesta mujer.

Bolbióse a su estancia el príncipe, sin seso de alegría, juzgándose indigno del bien que poseía. Y apenas llegó el día siguiente, con excesibo calor de que mal los reparaba la berde cubierta, abiéndose saludado los gallardos amigos, cuando bieron atrabesar un jentil caballero con unas armas negras y moradas. [...]

Ocho días estubieron en la selba, tan bien entretenidos, que no sentían inconmodidad alguna, mayormente Bencimarte, que gastaba las brebes noches enterneciendo las piedras y los robles con los

amores y encarecimientos que escuchaba Florismundi, tanbién contenta, que toda su entereça ponía en arma para igualar el amor y las demostraciones; no la solicitaba tibio el enamorado lusitano, mas tan cortés y tan medroso de su disgusto, que de nuebo la obligaba y enamoraba de nuebo. (ff. 15r-16r).

5. Florismundi descubre la traición de Bencimarte

La hermosa infanta de Trapisonda, a quien el fiel coraçón abisaba con una mortal tristeça de su desdicha, dibirtiéndola con la esperança de ber a su amado ausente, saltó alegre en la playa donde el primero que encontró preguntó si estaba el príncipe de Lusitania en Sevilla.

-Precisamente, -respondió el caballero-, pues espera contento el segundo fruto de su bien enpleado amor, de que ya tiene indicios zertísimos, no abiendo cuatro meses que dio a luz dos niños más bellos que él sino hermoso.

-¿De quién o cómo?, -respondió, ya sin alma Florismundi.

-De nuestra serenísima princesa, -respondió el sevillano-, de quien á un año es lijítimo y dichoso marido.

-Por muy felices siglos, –dixo la dama.

Y despidiéndose d'él, con el dolor más fuerte y más justo que aflijió humano pecho, la fuerça de su agravio le dio brío para que, entrando en la ciudad, en la primer posada dejase el caballo; aviendo escrito unos brebes renglones, cubriendo sus lucidas armas de una ropa de terciopelo negro bordado de muchas flores de oro con los perfiles açules, entró en el alcáçar preguntando por el príncipe, a quien dijo que traía una carta de su patria. Y subiólo la guarda a una cuadra donde con su esposa, que no se sentía buena, estaba entretiniendo. Llegó la balerosa dama y, sin ninguna cortesía, le dio un papel, y mientras le abría se bolbió a su posada; aviendo allado su cavallo a la puerta subió en él y salió de la famosa corte dejando en ella el alma atrabesada de la más cruel flecha que despidieron los celos, y bolbiendo a su barca pasó en ella a su navío donde, alçando las belas, partió del famoso puerto, tan fuera de sí que en tres días ni habló palabra, ni comió bocado, mas no padeció sed porque en un mar de llanto, anegados sus soles, sentía el coraçón su tormenta. Unas ol<l>as llegaban al cielo dando al trabés con la paciencia, y fue milagro no fuese el alma aflijida, pues mil beces se resolbía a entregar su fuego a los salados cristales del ozéano.

-¡Ay, desdichada mujer!, -repetía, después que a los laços de la lengua dio licencia el dolor-. ¿Dónde hallarás consuelo? ¡Muerte piadosa, no llega a darle a tan inmensos males! ¡Ay, dulce ingrato, enemigo de mi bida y de tu honor, qué pago tan injusto as dado a tanta fee, y qué desigual galardón a mis mal logradas fineças! Ésta es cruel correspondencia, igual de un caballero, tan presto despreciaste por un gusto presente el amor de tres años y los fabores y prendas que tan celebradas vi de tu estimación. ¡Cielo clemente, bengança os pide una aflijida mujer burlada de un alebe que á disculpado la crueldad de Eneas y la traición de Theseo! (ff. 34v-35v).

6. Muerte de Bencimarte

Un día a su esposa el príncipe, por dibertirla y alegrarla, y llegando a la famosa playa, que más pareçía selba hermosa en otubre con tantos desnudos árboles, se entró con ella en un barco en que con un tendal de brocado los esperaba el mar alegre cuando, antes que pi-

sasen la plancha, llega un correo de su padre, el famoso Altibeo, con quien en una larga y amorosa carta le avisaba de que a su noticia avía llegado cómo él y la bella Lucendria eran primos segundos por parte de sus ilustres madres y que así, en teniendo esta noticia, que se la dio el anciano duque de Coinbra, avía despachado por la dispensación que esperaba muy presto; mas que, entre tanto, pues bían que era fuerça les adbertían que la aguardasen con el recato y pureça que debían, pena que después quedaría todavía inbálido el casamiento. Cómo entonces se entristeció Bencimarte con este aviso, mas Lucendria mucho más, si bien, biendo tan fácil el remedio, se consolaron propuniendo, como obedientes hijos de la Iglesia, cunplir su precepto. [...] Y entróse con su esposa en el barco donde corrieron el ancho río la alegre tarde con mil castos amores, hasta que, con el temor de la becina noche, quisieron bolberse a palacio. Puso desde el barco en la plancha a la gallarda Lucendria y, al saltar en ella, resbaló y echó en el río que, soberbio de tan altibos despojos, lo cubrió de espuma llebándole sin dejarle ver hasta enbocarle en el ancho mar que glorioso le recibió, dando las gracias de tan rico tributo al cristalino ladrón de tan precioso robo.

La bella infanta, que tan inpensadamente bio tal desdicha, loca de dolor y asonbro, se fue a arrojar en seguimiento de su amado esposo, mas siendo detenido, cubiertos los luceros de un desmayo mortal, fue llebada a palacio de donde de los reyes y todos los demás fue llorado el infeliz suceso dignamente.

Ya las galas costosas y ricas se truecan en tristes lutos, ya la conpasión discurre aumentada con la memoria de las ilustres açañas del jeneroso mancebo. Y cuando el día siguiente cobró el sentido la desdichada señora, mobía las piedras a lástimas sus quejas y suspiros, incapaz de consuelo. Fueron sus estremos, no de cristiana y prudente, más de jentil y amante, furiosa y desesperada. (ff. 36v-37r).

7. Carta de Florismundi y Esclaridana a su padre

Como las princesas se tardaban, el alma del ínclito Brisaneo comencó a dar mil prodifiosos avisos de su desbentura a su turbado pecho, y así començó a dar priesa que llamasen a las hermanas; fue una dama y luego bolbió alborotada diciendo:

-¡Poderosos príncipes! La puerta de la recámara, donde mis señoras entraron a vestirse, está zerrada por dentro, muertas la luces que llebaron y, aunque emos llamado, nadie responde, ni están en otro aposento de palacio sus alteças, ni la princesa Isavela, ni Cilia.

Alborotados y fuera de sí los desposados y el enperador entraron con acelerados pasos al cuarto de las princesas y al retrete llamaron, poco, porque los dos hicieron pedaços la puerta y, entrando, sólo hallaron los bestidos que avían trocado por las galas baroniles, y la puerta que bajaba a los jardines avierta, y en ella clavada una carta que, abriéndola, leyó el ardiente persiano, que decía:

Amor, serenísimo señor, tirano de las almas, entregó las nuestras a los soberanos príncipes don Clarisenio y Bencimarte, con tan fuertes laços que no los pudo desatar la obediencia de vuestra magestad y, temiendo no los ronpiese el rigor con que trató dar a nuestra libertad, injustos dueños, nos determinamos a huir d'él en los braços de los nuestros, y con el fabor del excelentísimo príncipe Sirenides que prefiriendo la amistad y la noble piedad al amor natural á sido Eneas del Anquises de mi bida y honor el que ganamos con tan digno enpleo. Suplicamos a vuestra majestad y a esos príncipes soberanos que consideren " la sin raçón que recebíamos de su amor y de su engaño; pues, yo llegué

prendada a Trapisonda, como lo dicen, dos prendas que afiançaron mi obligación, que la una es Jelandria, tan celebrada de vuestra magestad por hija de los condes de Saltaria, y la otra mi hijo perdido por mi desgracia, sin noticia del autor de esta crueldad. Tenga, señor y padre amado, mejor lugar que la pasión, la prudencia en ese inperial pecho, mandándonos el perdón y gracia que esperamos en el reino de Lusitania de la piedad y balor que en él bibe.

~*Florismundi*

~*Esclaridana.* (ff. 66r-v).

17. **EL CABALLERO DE LA LUNA** (libros III y IV)

(finales del siglo XVI)

por

José Manuel Lucía Megías

TESTIMONIOS

[1] Biblioteca Nacional (Madrid): ms. 8.370 (*olim.* V-150) [→]
[2] Biblioteca Nacional (Madrid): ms. 10.247 [→]

TEXTOS

1. Comienzo del texto: lamentos amorosos de los caballeros

A la media jornada de las tinieblas, a tiempo que la tiforme diosa dexando el lecho del infernal dios se levantaba, el de la Fe lleno de mortal congoja, no pudiendo tener reposo de su cama, se lebanta y puniéndose encima sus ricas y resplandecientes armas, ecepto el yelmo, al borde del nabro, se sale estando a la saçón todos los de la armada dormidos y reposando con la seguridad de las treguas, y el mar tan sosegado que no avía cosa que impedir pudiese a no ser oídas del valiente Furiandro, que a la ventana del nabío por goçar del fresco estava, las lastimosas quejas y dolorosos sospiros y congosos solloços que el de la Fe dava diciendo:

-¡O, poderosos dioses! ¿Por qué no quitáis la vida a éste sin ventura cavallero, que por mayor merced y misericordia lo tendré que no bivir muriendo tan si esperança de remedio? ¡O, piadoso amor! ¿De qué te sirve herirme, pues no as de triumfar del goço de mi alma tan deseado, pues el dibino valor de mi señora imposibilita el fin de tus efetos? No heciste obra de dios misericordioso sino de tigre cruel en mostrar todo tu poder contra mí. ¡Ay, Fortuna! ¡Amúestrate fuerte con matarme o dame uno de tus mobibles favores aunque no sea para más de la posesión de aver sido un rato venturoso. ¿A cuántos, movible diosa de los abismos, de probeça y linaje en lo más alto de tu rueda abastados de fortunosos bienes los pusiste? No te pido grandeça de estados, ni de señoríos, ni riqueças; sólo te suplico me des algún merecimiento haciéndome tanto bien que ten-

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín: nº 1548. **ESTUDIO**: Lucía Megías (1996).